

que habiendo los gentiles cortado la cabeza á S. Julian, la llevaron á su amigo S. Ferreolo amenazándole, que si no adoraba á los dioses, harian otro tanto con él; y que viendo que nada lo acobardaba el espectáculo de la cabeza de su santo amigo, se resolvieron á matarlo como lo efectuaron, y que despues llevaron la cabeza de S. Julian y el cuerpo de S. Ferreolo á Viena, y los pusieron en un mismo sepulcro. Y que pasados muchos años, abriendo el dicho sepulcro S. Mamerto, obispo de Viena, halló la cabeza de S. Julian entre las manos de S. Ferreolo fresca y tan entera como si en aquel mismo dia la hubieran puesto en la sepultura. El R. Butler refiere este suceso de esta manera. Los cristianos de Viena, dice, enterraron el cuerpo de S. Ferreolo con gran veneracion cerca del mismo rio, y los ciudadanos de ella experimentan su proteccion con frecuentes beneficios que de Dios reciben, por medio de las preces que se hacen en su tumba, segun refiere el autor de sus actas. Sus reliquias se conservan en la iglesia que se erigió en honor suyo cerca del rio en Viena: las de S. Julian en la suntuosa de su nombre en Beja, en la diócesis de Clermont en Auvernia. S. Mamerto, obispo de Viena, descubrió la cabeza de S. Julian por los años de 474; y estando casi arruinada la primera iglesia de S. Ferreolo que se edificó sobre su tumba, casi por el mismo tiempo trasladó sus reliquias á una nueva que erigió dentro de muros donde se hallan al presente. Las actas de S. Ferreolo aunque no originales son auténticas, y conformes con la relacion que de su vida hace S. Gregorio de Tours.

A S. Ferreolo, mártir, llamado en vulgar catalan S. Ferriol, tienen mucha devocion en algunas partes del principado de Cataluña, y muy especialmente en el término de Besalú del obispado de Gerona, donde hay un templo muy devoto dedicado á su santo nombre, con parte de sus reliquias; y en él, por la intercesion del Santo se digna el Señor hacer grandes milagros; de manera que en sus paredes se ostentan ochenta y nueve muletas y otros innumerables trofeos ofrecidos por los muchos enfermos que han curado. De estos milagros refiérense muchos escritos de mano en un libro que se custodia en dicha iglesia. (*Domenec y Butler.*)

SAN JOSÉ DE CUPERTINO, CONFESOR.

EL glorioso S. José, llamado de Cupertino, porque nació en el lugar de este nombre, situado en la diócesis de Nardo, en el reino de Nápoles, vino al mundo á 17 de junio del año de 1603. Sus padres Felix Desa y Francisca Panara, fueron

pobres pero virtuosos. Su madre le crió con sentimientos grandes de piedad; pero le trataba con mucha severidad, castigándole frecuentemente por cualquiera leve falta, para acostumbrarle á la vida austera y penitente. Desde su infancia dió muestras de un fervor extraordinario, y no habia cosa en él que no anunciase estar gustando anticipadamente las delicias de las consolaciones celestiales. Era muy atento al servicio divino, y en una edad en que generalmente es dominante el amor á las delicias, llevaba un cilicio, y mortificaba su cuerpo con varias austeridades. Le pusieron á aprender el oficio de zapatero, á cuyo destino estuvo aplicado algun tiempo.

A los diez y siete años de su edad se presentó á ser recibido en los franciscanos conventuales, donde tenia dos tios de distincion en el órden. Le desecharon no obstante por no haber estudiado. Todo lo que pudo conseguir fué que le recibiesen en los capuchinos en calidad de hermano lego; pero á los ocho meses fué despedido por no ser á propósito para las reglas de aquella comunidad. Léjos de desanimarse insistió en la idea de abrazar el estado religioso: al fin los franciscanos movidos á compasion le recibieron en su convento de *Grotella*, llamado así por una capilla subterránea dedicada á Dios bajo el patrocinio de Maria. Este convento estaba cerca de Cupertino. Habiendo pues el Santo acabado su noviciado con grande fervor, hizo sus votos y fué recibido como lego entre los oblatos del órden Tercero. Aunque empleado en los oficios infimos de la casa los desempeñaba con la mayor fidelidad: redobló sus ayunos y austeridades: oraba continuamente, y no dormia mas que tres horas cada noche. Su humildad, su dulzura, su amor á la mortificacion y penitencia le adquirieron tanta veneracion, que en un capitulo provincial celebrado en Altamura en el año de 1625 se resolvió admitirle entre los religiosos de coro, para que se calificase para recibir los órdenes sagrados.

José pidió pasar para esto un segundo noviciado, despues de lo que se separó mucho mas de la comunidad de los hombres, para unirse mas estrechamente con Dios en oracion y contemplacion. Mirábase como el mayor pecador del mundo, y creía que solo por caridad le habian dado aquel hábito religioso. Su paciencia le hizo llevar en silencio y con alegría los mayores improperios y reprensiones por faltas que no habia cometido; y su obediencia fué tal que ejecutaba sin examen cuantos preceptos se le imponian. Tantas virtudes juntas no pudieron menos de hacerle objeto de la admiracion general. Ordenado de presbítero en el año de 1628, celebró su primera misa con inesplicables

sentimientos de fe, de amor y de respeto. Eligió una celda la mas retirada é incómoda. Deseaba ir siempre á orar á los oratorios menos frecuentados, para poderse entregar libremente á la contemplacion. Desprendiase de cuantas dificultades podian obstarle el cumplimiento de los preceptos de su regla, y se desnudaba liberalmente de cuanto ésta le daba; y despues que se veia destituido de todo, exclamaba postrado ante un Crucifijo: «Miradme, ó Señor, desnudo de todas las cosas: sed vos, si os dignais, mi único bien: todo lo demás lo miro como arriesgado, y como pérdida positiva para mi alma.»

Luego de haber recibido el sacerdocio pasó cinco años sin gustar el pan ni el vino; en cuyo tiempo vivió manteniéndose solo de yerbas y frutas secas: y aun las que comia en los viernes eran tan desabridas, que solo él las podia usar. Su ayuno en la cuaresma era tan riguroso que en siete dias no tomaba mas alimento que la santa Eucaristía, á escepcion de domingos y jueves. Su semblante por la mañana estaba sumamente pálido, pero despues de la comunión espirituoso y de buen color. Habia adquirido tal hábito de ayunar, que ya su estómago no podia llevar mas alimento: y sus deseos de mortificacion le hicieron inventar varios instrumentos de penitencia.

Habiéndose estendido la voz de que tenia en sus oraciones algunos raptos, y que obraba tambien algunos milagros, el pueblo solia seguirle en tropel por cualquiera parte que iba en la provincia de Bari. Cierta vicario general se ofendió mucho de esto, y dió parte de aquella novedad á los inquisidores de Nápoles. José fué mandado comparecer; mas examinados los capítulos de su acusacion, fué declarado inocente, y le pusieron en libertad. En Nápoles mismo dijo misa en la iglesia de S. Gregorio el armenio, que era de un monasterio religioso. Acabado el santo sacrificio se arrobó en éstasis, como atestiguaron en el proceso de su canonizacion muchos testigos de vista. Los inquisidores le enviaron á su general á Roma, el cual le recibió con dureza, y le mandó retirar al convento de Asís. José se llenó de regocijo con la noticia, por causa de la devocion grande que tenia al santo fundador de su orden. El guardian de Asís le trató tambien con aspereza; pero su santidad brillaba cada vez mas: y las personas de mayor distincion manifestaban un ahinco grande por verle. Llegó á Asís en el año de 1639, y permaneció en aquel convento trece. Al principio padeció muchas tribulaciones interiores y exteriores: su superior le llamaba muchas veces hipócrita, y le trataba con un rigor extraordinario. Por otra parte tambien parecia que Dios le habia abandonado; sus religiosos ejercicios iban acompañados de

una sequedad y esterilidad espiritual tan penosa que le afligia estremadamente: los fantasmas impuros que le presentaba á cada paso su imaginacion, juntos con las tentaciones mas activas, le abismaron en tan profunda melancolia, que apenas se atrevia á levantar los ojos. Informado su general de su situacion, le llamó á Roma, y habiéndole tenido allí tres semanas, le volvió á enviar á su convento de Asís.

En el camino para Roma esperiméntó el Santo que volvian sus antiguas consolaciones celestiales. A los nombres santos de Dios, de Jesus ó de Maria se sentia salir fuera de sí. Solia exclamar muchas veces: «Dignaos, Dios mio, de llenar y poseer mi corazón. ¡Oh! véase libre mi alma de las cadenas del cuerpo para unirme con Jesucristo! Jesus, Jesus, llevadme con vos: yo no puedo estar mas ni mas vivir en la tierra.» Se le oyó muchas veces escitar á otros al amor de Dios, y decirles que amasen á Dios, que el que le amaba se hacia rico sin conocerlo. Sus raptos eran tan frecuentes como extraordinarios. Resulta de los procesos que solo en Capertino fueron mas de setenta, sin contar los que tenia cotidianamente cuando celebraba la santa misa. Muchos solia tenerles en público, de que fueron testigos muchas personas de alta jerarquía, y cuya verdad declararon despues con juramento. Entre éstos fué uno Juan Federico, duque de Brunswick y Hannover. Este príncipe que era luterano quedó tan conmovido de lo que vió, que abjuró sus primeros dogmas y abrazó la fe católica. José tenia tambien un talento muy particular para convertir pecadores obstinados y para tranquilizar el corazón de los que esperimantaban interiores turbaciones. Solia decir á algunas personas escrupulosas que iban á consultarle: «Yo no entiendo que deba haber escrupulos ni melancolías en los que sirven á Dios: obrad bien y no temais.» Con la mayor claridad esplanaba los misterios principales de nuestra religion, cuyo sublime conocimiento lo debia el Santo á la inmediata comunicacion que tenia del Espíritu de Dios en la oracion.

Su prudencia, que era admirable en el modo de conducir y dirigir las almas, le atraía un concurso de pueblo innumerable, aun de cardenales y de príncipes. Pronosticó á Juan Casimiro, hijo de Segismundo III rey de Polonia, que llegaria á reinar algun dia para bien comun de su pueblo y santificacion de muchas almas, y le aconsejó que no tomase el estado ni hábito religioso. Pero habiendo este príncipe entrado despues en los jesuitas, hizo el voto de los estudiantes de la Compañía, y fué hecho cardenal por Inocencio X en el año de 1646. José le disuadia de la resolucion que habia tomado de ordenarse: y cuanto habia pro-

nosticado vino á suceder, porque muerto Uladislao, hijo mayor de Segismundo, en el año de 1348, fué Juan Casimiro electo rey de Polonia. Con todo pasado algun tiempo renunció la corona y se retiró á Francia donde murió en el año de 1672. Este mismo príncipe fué el que contó todas las circunstancias del hecho que hemos referido.

Sus milagros no fueron menos notables que otros favores extraordinarios que recibió de Dios. Muchos enfermos debieron el restablecimiento de su salud á sus oraciones. Cayendo enfermo el mismo Santo de una fiebre en Osimo, el dia 10 de agosto de 1663, predijo que su última hora estaba ya muy cerca. En el dia antes de su muerte recibió el Viático y luego la Estremauncion. Se le oyó repetir muchas veces aquellas aspiraciones de un corazon inflamado del amor de Dios: «¡Oh! véase libre mi alma cuanto antes de la prision de mi cuerpo, para verse unida con Cristo. Alabado y bendito sea Dios. Hágase la voluntad de Dios. ¡Jesus crucificado, recibid mi corazon y arda en el fuego de vuestro santo amor!» Murió pues tal dia como hoy del año de 1663, á la edad de 60 y tres meses. Su cuerpo fué espuesto en la iglesia, y toda la ciudad fué á visitarle con el mayor respeto: fué despues enterrado en la capilla de la Concepcion. Probado el heroismo de sus virtudes, y atestiguada la verdad de sus milagros, fué beatificado por Benedicto XIV en el año de 1753, y canonizado por Clemente XIII en el de 1767. Clemente XIV insertó su oficio en el breviario romano.

La misa es en honor de Sto. Tomás, y la oracion la que sigue:

O Dios, que dotaste al bien-aventurado Tomás de una insigne caridad con los pobres; supplicámoste que por su intercesion derrames liberalmente las riquezas de la misericordia en todos los que te invocan. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo

célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los re-

yes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios. ¿Cuando acabará de formar el mundo un concepto cabal de la verdadera grandeza? ¿cuando dejará de colocarla en un poco de humo, que se desvanece luego que se levanta? No ve Dios en los hombres cosa alguna que se pueda llamar grande, sino el cuidado de agradarle y de servirle. ¡Rara cosa! Casi siempre la ambicion de la gloria y el ansia de la distincion son el origen de que se consuman vanamente las rentas, y la causa principal de los gastos mas superfluos y mas locos. Muy caro se compra á la verdad un poco de polvo para echarle en los ojos de los hombres. No hay duda que los puestos elevados le colocan á uno en sitio alto; pero el que es pequeño de suyo, por elevado que esté, no por eso es mas grande. Esas magnificencias enteramente mundanas, prodigalidades sin que ni para qué; esas profusiones en regalos, en mesas y en festines, ¿añadirán mucho honor á un hombre destituido de todo mérito? Mientras tanto un vaso de agua dado por caridad, tiene por recompensa el mismo cielo. ¿Qué soberbio tren, qué magníficos equipajes dieron jamás tanta honra como una tropa de pobres que te rodean y te claman por su padre? Inútilmente te quieres aturdir haciendo pública profesion de mundano: cristiano eres, y la luz de la religion se abre camino por entre las densas tinieblas. Oyese una voz en medio del mayor estruendo. Conócese muy bien que ninguna cosa hace mas respetable á un grande, á un hombre rico que la caridad cristiana. Descúbrese en esta liberalidad cierta grandeza de alma, cierto fondo de nobleza, cierta superioridad de espíritu, que se eleva mucho sobre esos títulos secos, estériles, infructuosos, fundados en posesiones que no comunican mérito, y en unos antepasados que ya no existen. Un mal corazon, un espíritu apocado, una alma baja y vulgar nunca fueron muy caritativos. Es la caridad la virtud de las almas nobles; y la liberalidad con los pobres el carácter mas ordinario de un corazon verdaderamente cristiano. Admirámonos de ver tantas mudanzas en la fortuna de las casas y de los hombres. Nunca se han visto en el teatro tantas mutaciones de escenas. Un mismo hombre representa en su vida muchos papeles: las mismas posesiones, los mismos cargos, los mismos muebles mudan

de manos y de años á cada paso. Por lo menos pocos hijos se encuentran que hereden la buena fortuna de sus padres. Nunca se desvia mucho la pobreza de la puerta de los ricos. Presto se sigue la necesidad á la magnificencia que hace mas ruido, y se ven pocas familias opulentas que traspassen la abundancia á sus herederos. Atribúyese esta inconstancia de la prosperidad á mil accidentes, que ciertamente no tienen parte en ella. La dureza de los ricos con los pobres y con los necesitados es la causa mas comun de esas revoluciones de fortuna. Niéganse á Dios los intereses, por explicarme así; pues no hay que admirarse de que retire el principal. Si el padre administró mal el fondo, no es mucho que el dueño quite á los hijos la administracion: *aliis locabit agricolis*. ¿Quieres fijar esa fortuna brillante? ¿quieres adquirir una verdadera grandeza? ¿quieres que el capital y los réditos se conserven largo tiempo hereditarios en tu familia? ¿quieres asegurar la abundancia en la posteridad de tu casa? pues sé rico en caridad, sé liberal, sé magnífico en limosnas y en obras pias. No tiene la prosperidad título de posesion mas bien fundado que el sustento de los pobres.

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo, y el mismo que el día v, pág. 150.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por obras de misericordia se entienden aquellas obras, aquellas acciones de caridad, que dirigidas por la fe son propias de los verdaderos fieles, y que hacen en parte el carácter de los verdaderos discípulos de Cristo, por las cuales hasta los mismos gentiles discernian los cristianos, distinguiéndolos de los demás hombres: aquellas virtudes que siendo sobrenaturales, solo nacen dentro del cristianismo, y que siempre fueron el mayor elogio de nuestra santa religion. Tuvo gran cuidado el Hijo de Dios de enseñarnos estas obras de misericordia, y de hacernos comprender su indispensable necesidad para la salvacion, queriendo tuviésemos entendido que en ellas se habian de fundar los títulos para el premio; y poniéndose el mismo Señor en lugar de los mismos pobres, á quienes se hace la limosna por su amor, dice á sus escogidos: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y me*

hospedasteis: estaba desnudo, y me cubristeis: estaba enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y me fuisteis á ver. Porque de verdad os digo: que todas las veces que hicisteis todas estas cosas con el mas minimo de mis hermanos, á mí me las hicisteis. A vista de esto, ¿serán menester muchos discursos para probar que todas estas buenas obras no siempre son de puro consejo, sino que muchas veces son necesarias para la salvacion? No te hizo Dios rico, no te dió tantas conveniencias, no te concedió tantos bienes para tí solo; si solo pensara en tí, te hubiera dado menos: Esos bienes temporales, esas conveniencias humanas, esa salud, ese crédito y esa autoridad son beneficios que se te dispensaron en favor de los demás. En el repartimiento de las condiciones, de los beneficios temporales, y de los bienes de esta vida, habria al parecer no sé qué dureza, y no sé qué cosa contraria á la general bondad y á la universal providencia de Dios, si á los pobres y á los necesitados los hubiera dejado sin socorro y sin alivio, al mismo tiempo que colmaba de bienes á tanto número de indevotos y de ingratos. Pero el Señor solo da los bienes á los hombres á título oneroso. Dáselos á los ricos para que socorran á los pobres en sus necesidades. Los poderosos, los grandes del mundo, los hombres acomodados, segun la intencion de la divina Providencia, son propiamente tutores de los pobres y de los desvalidos. ¡Buen Dios, qué material de reflexiones para todo género de gentes!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la sentencia de reprobacion se fundará precisamente en el desprecio, ó por lo menos en haberse negado al ejercicio de estas obras de misericordia. *Apartaos de mí al fuego eterno que está preparado para el diablo, y para sus ángeles*, dirá el soberano Juez; *porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y no me hospedasteis: estaba desnudo, y no me vestisteis: estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.* En esto se fundará aquella terrible sentencia. Deja Dios todos los demás motivos, y solo hace mencion de estos, para darnos á entender que sin la virtud de la misericordia todas las demás son defectuosas. Aunque hayas tenido la pureza mas acrisolada; aunque te hayas entregado á un continuo ejercicio de oracion; aunque hayas macerado tu carne con las mas rigurosas penitencias, de nada de eso se hará caso si te faltaron las obras de misericordia. El distintivo de todos los escogidos ha de ser el amor del prójimo; pero un amor práctico, benéfico y compasivo. La edad, el estado y la condicion pueden tal vez dispensarte de trabajar,

de macerar tu cuerpo, de ayunar, etc., pero nunca te pueden dispensar de compadecerte de las miserias y necesidades de tus hermanos. Es la misericordia cierta sensibilidad tierna del alma á vista de las miserias ajenas, acompañada de un sincero deseo de remediarlas: ¿quién se podrá tener por dispensado en esta virtud? Esto es lo que movió á tantos reyes y á tantas reinas; y esto es lo que el día de hoy mueve á tantas personas cristianas á santificar su estado, su condicion, y todo el tiempo que tienen libre, con el ejercicio de obras de misericordia. Conocieron la importancia, y aun la necesidad de ejercitarse en ellas para salvarse. ¿Tenemos nosotros la misma fe? ¿somos del mismo dictámen? Si hoy ó mañana hubiéramos de comparecer en el tribunal del supremo Juez, árbitro decisivo de nuestra eterna suerte, ¿la sentencia de nuestro eterno destino se fundaría en esta virtud de la caridad?

¡O mi Dios, y cuanto debo temer, si los días que me faltan de vivir son tan estériles en buenas obras como los que he vivido hasta aquí! Dignaos, Señor, hacer con vuestra gracia, que mi vida sea mas fértil, mas fecunda en adelante. Abrasad mi corazón con el encendido fuego de la caridad; y pues me habeis dado á conocer la necesidad de esta virtud, haced que la ponga en práctica.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. (*Matth. 5.*)

¡Qué consuelo tiene el hombre cuando se compadece y cuando socorre las necesidades ajenas! (*Psalm. 111.*)

PROPOSITOS.

1 Es la misericordia una compasion, una caridad con el prójimo, que nos mueve á socorrerle en sus miserias. Divide la Iglesia las obras de misericordia en siete espirituales y siete corporales. Las siete espirituales son estas. Primera, enseñar al que no sabe. Segunda, corregir con prudencia y con caridad al que yerra. Tercera, dar buen consejo al que le ha de menester. Cuarta, consolar al triste. Quinta, sufrir con paciencia las flaquezas y contradicciones del prójimo. Sexta, perdonar sinceramente las injurias. Séptima, rogar á Dios por los que nos persiguen, y por los vivos y los muertos. Las siete corporales son estas. Primera, dar de comer al hambriento. Segunda, dar de beber al sediento. Tercera, hospedar al peregrino. Cuarta, vestir al desnudo. Quinta, visitar los enfermos. Sexta, rescatar al cautivo. Séptima, enterrar á los muertos. Ninguno hay que no se pueda ejercitar en alguna de

estas obras: dedícate á llenar todas las obligaciones de la caridad segun tu estado. Alguna de estas obras se proporciona á todas las condiciones, y á todas las personas. Si no puedes enterrar los muertos, puedes dar con que amortajarlos, puedes mandar decir misas y hacer suffragios por aquellas almas desamparadas, que ni los dejaron, ni hay quien se acuerde de ellas para aliviarlas en el otro mundo. Si no puedes hospedar en tu casa á los pobres peregrinos, dalos con que se recojan en otra; y está cierto que Dios te premiará esta buena obra.

2 No tienes con que dar de comer al hambriento, ni con que vestir al desnudo: no puedes visitar en los hospitales y en las cárceles al enfermo ni al encarcelado; pero puedes sufrir con paciencia las injurias y los defectos del prójimo: no hay estado que te lo embarace. Puedes perdonar con buen corazón las ofensas; obras de misericordia que á cada paso se ofrecen, y de que hay abundante cosecha en todos los estados. En fin, no estás en paraje de visitar los pobres enfermos de la parroquia; bien que pocos habrá que lo puedan dejar de hacer, especialmente cuando se gasta tanto tiempo en visitas inútiles y demasiado frecuentes: ¿pero quién dirá racionalmente que no puede enseñar á sus hijos y á sus criados? Conoce ahora lo mal que has hecho, y lo mucho que has perdido, y haz firme propósito de que no se pase día sin ejercitar alguna obra de misericordia de las espirituales ó de las corporales. De aquí depende, por decirlo así, toda la economía y todo el secreto de la predestinacion.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO (ó JANUARIO) obispo de Benevento, FESTO diácono suyo, DESIDERIO lector, SOSIO diácono de la iglesia de Misena, PRÓCULO diácono de Puzzol, EUTIQUE y ACUCIO, en Puzzol en la Campania en Italia; los cuales despues de haber estado en la cárcel cargados de cadenas, fueron degollados en tiempo del emperador Diocleciano: el cuerpo de S. Genaro lo llevaron á Nápoles, y lo enterraron honoríficamente en la iglesia, donde se conserva tambien en una redoma de vidrio una porcion de su sangre, la cual puesta delante de su cabeza visiblemente se liquida y bulle como si estuviera fresca. (*Véase la historia de San Genaro en las de hoy.*)

* EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX Y CONSTANCIA (*), en Nocera, martirizados en tiempo de Nerón.

(*) En el año de 1816 se estrajo del cementerio de Roma titulado